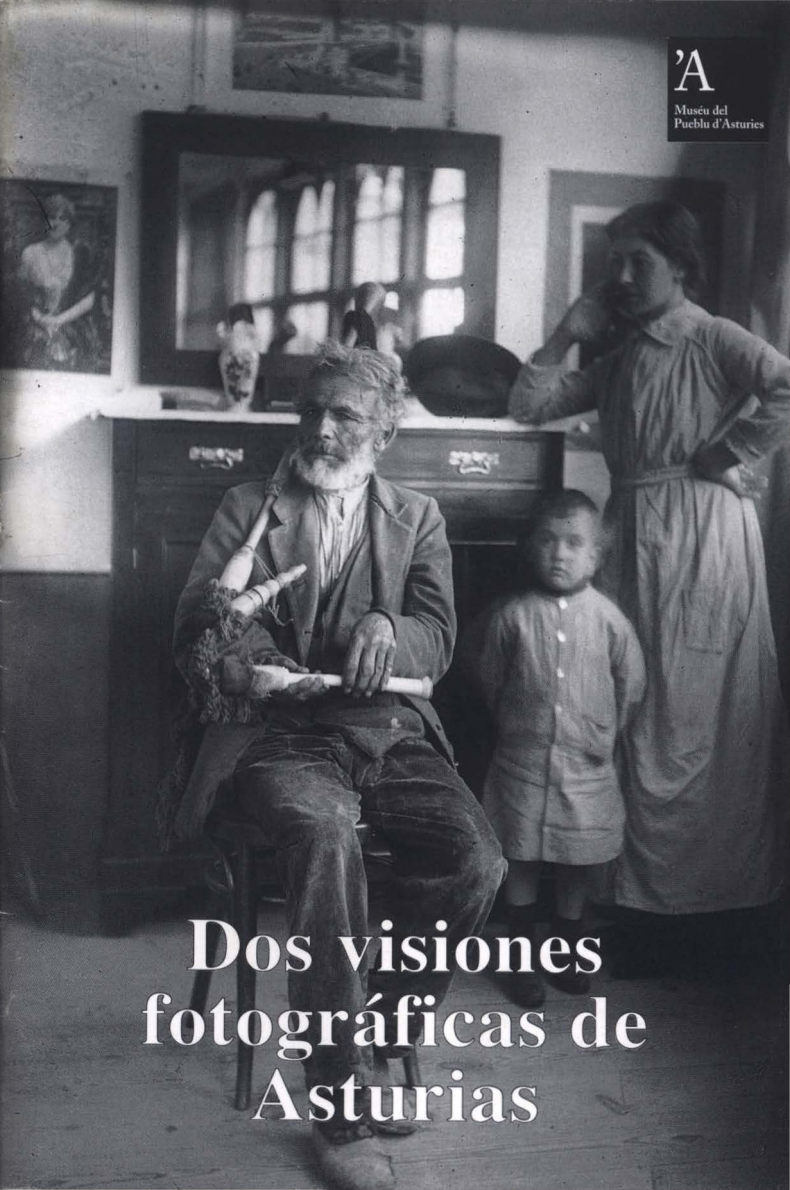


'A

Muséu del
Pueblu d'Asturies



Dos visiones fotográficas de Asturias

Dos visiones fotográficas de Asturias

RETRATOS DE CABRANES

(1895-1920)

Fotografías de Juan E. Canellada Prida

MIS VECINOS DE EL CONDAO

(1962-1985)

Fotografías de Eladio Begega García

MUSEO DEL PUEBLO DE ASTURIAS

Gijón, marzo - julio de 2003

AGRADECIMIENTOS

Guillermo Álvarez
Juan Manuel Castro Prieto
Francisco Crabiffosse Cuesta
José Luis Cuendia Palacios
José Luis García Alonso
Leopoldo Palacio Carús
Vicente Rodríguez Hevia
Francisco Trinidad
Familia Zamora Canellada
Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias

Cubierta:

Juan E. Canellada: Retrato del gaitero Perico, con María Llavona, esposa del fotógrafo, y su hijo Daniel, h. 1915.

Edición:

Fundación Municipal de Cultura, Educación y
Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón

Impresión:

Gráficas Ápel

Deposito legal:

AS-400-2003

DOS VISIONES FOTOGRÁFICAS DE ASTURIAS

La exposición que presenta el Museo del Pueblo de Asturias une a dos fotógrafos asturianos muy enraizados en la tierra; dos fotógrafos empeñados en atrapar la imagen cotidiana de sus vecinos y dejarla fijada para mantener su memoria. Son Juan Canellada Prida, nacido en Torazu (Cabranes) en 1861, y Eladio Begega García, nacido en El Condao (Laviana) en 1928. El primero fotografió a sus vecinos de Cabranes entre 1895 y 1920, y el segundo hizo lo mismo con los de El Condao entre 1962 y 1985. Los dos tienen en común también su afición a la pintura, que en el caso de Canellada fue un modo de ganarse la vida, pues vivió durante bastantes años haciendo retratos y dando clases de dibujo y pintura en Infiesto.

El trabajo de ambos es muy valioso porque gracias al interés y la sensibilidad de estos fotógrafos por su entorno tenemos una imagen real, directa y fresca de los campesinos asturianos en dos épocas diferentes, lo que permite conocer mejor la sociedad rural asturiana y apreciar las transformaciones que ha sufrido en el siglo XX. La fidelidad de sus imágenes y los asuntos que tratan recuerdan a la corriente fotográfica conocida como Nueva Objetividad que desde comienzos del siglo XX se dio en Europa. Uno de sus más destacados miembros, el fotógrafo alemán August Sander (1876-1964) escribió: «Dejadme que diga la verdad con toda honestidad acerca de nuestra época, y de la gente de nuestra época».

Museo del Pueblo de Asturias



Juan E. Canellada: Retrato de Teresa Préstamo pocos días antes de su fallecimiento, en La Rebollada, h. 1915.

JUAN EVANGELISTA CANELLADA PRIDA

Nace en 1861 en Torazu (Cabranes), en el seno de una familia de campesinos, sin ningún antecedente intelectual conocido, lo cual, a mi modo de ver, acrecienta su mérito. Su infancia y adolescencia transcurren en las labores campesinas.

Comienza a dibujar muy pronto, a juzgar por algunos dibujos en los que se perciben maneras de vestir propias de mediados del siglo XIX que él supo captar como vestigios de una época que evolucionaba (monteras, fajas y chalecos adornados en los hombres, mandil recogido y mantas plegadas sobre la cabeza en las mujeres). Estudia en la Escuela de Bellas Artes de Oviedo donde obtiene notas destacadas, quedando segundo y séptimo en los cursos 1882-83 y 1883-84. Después reside en Oviedo durante algún tiempo en el estudio que había sido del pintor Dionisio Fierros con quién debió de mantener una buena amistad.

En 1895 nos consta que realizó una copia en el Museo del Prado en Madrid. Asimismo, sabemos que completó su formación artística en Barcelona, que estuvo en el estudio de Jiménez de Aranda en Sevilla, que visitó a José M^a Pereda en Polanco, que residió en un monasterio de capuchinos en Manresa y que vivió en París varios años, a juzgar por la abundante documentación que tenemos de notas y comentarios sobre arte hechos durante esa estancia. Debió de ser alumno predilecto del pintor ovetense Ignacio de León y Escosura, artista muy famoso en su época, con el que realizó giras artísticas por París según consta en sus notas sobre monumentos y obras maestras del Museo del Louvre.

Regresa a Asturias hacia 1906 y se instala en Infiesto donde trabaja como fotógrafo y pintor de retratos al óleo. En esos años pintó a

casi todas las familias de renombre de la zona y dedicó tiempo a captar y reflejar en su obra los paisajes y costumbres de su tierra, además de dedicarse a dar clases de dibujo y pintura.

Alrededor de 1915 tuvo estudio en Oviedo, en la calle Uría nº 50. En esta época falleció su padre, hecho que le sumió en una profunda depresión y solo el paso del tiempo hizo que volviera de nuevo a sus actividades.

Se casó ya bastante mayor con María Llavona y tuvo tres hijos que heredaron su espíritu intelectual y artístico. Su hija María Josefa fue una reconocida estudiosa de la lengua y las costumbres populares asturianas; José fue pintor y viajero incansable, y Juan Daniel que tenía unas excelentes dotes artísticas y hubiera sido una figura en este campo de no haber derivado hacia la restauración.

En 1922, ante la perspectiva de poder educar a sus hijos en la capital de España, acepta una plaza de funcionario del Estado y allá se traslada con su familia. El horario de trabajo supone una merma notable de su actividad artística, que se ve reducida a la realización de alguna copia en el Museo del Prado, algunas colaboraciones, pequeños trabajos y dibujos, y a la formación de su hijo Juan Daniel. Transcurre de este modo su vida dedicándose al cargo que le fue encomendado como funcionario. Muere en Madrid en 1946.

Juan Evangelista Canellada era un hombre introvertido y de una acusada timidez, con una gran obsesión por el trabajo bien hecho que le llevó a entregarse con pasión a las artes. Tenía, además, una profunda creencia religiosa difícil de comprender hoy día.

Esto es, a grandes rasgos, lo que se puede decir de este gran hombre en materia de arte. No deseo más que ofrecerle en unión de todos este homenaje que tengo la seguridad de que él y sus hijos agradecerán desde lo alto, como yo agradezco a todos los que han colaborado en esta exposición para rescatar del olvido su recuerdo.

Leopoldo Palacio Carús



Campesinos delante de su casa, h. 1910.



Retrato de los indianos Ramón y Mariano Alonso con su madre, cuñada y sobrinos, en El Peralín, h. 1915.



Casa engalanada con colchas durante la fiesta de Santumederu, en Sietes (Villaviciosa), h. 1905.



Retrato de Xosé Llavona, su hija Genoveva, su yerno Manuel Llavona y su nieta Enriqueta, en El Curuxeri, h. 1915.



*Fiesta de cumpleaños en casa de Ramona Venta,
en El Sierru, h. 1905.*



Merienda en la fiesta del Carmen, Torazu, 1911.



Retrato de familia, h. 1905.



Retrato de campesinos en Grandeñu, h. 1910.



El Caseru de Torazu, famoso cazador de Cabranes, h. 1910.



Segadores descansando a la hora de la comida, h. 1910.



*Inauguración de las Escuelas Publicas de Viñón,
10 de noviembre de 1908.*



Eladio Begega: Las manos de una vieja tarnina, 1972.

ELADIO BEGECA

MAESTRO DE LA IMAGEN

Conocí a Eladio hace casi treinta años, coincidíamos con cierta frecuencia en el palco del desaparecido Cine Maxi (Pola de Laviana) y allí, en aquellos inoportunos descansos en mitad de la película, donde los resignados espectadores después de haber soportado la liturgia de esperar la cola, de trasladarse desde otra localidad, caso de Eladio que lo hacía desde El Condao, teníamos que aguantar las rutinarias interrupciones, una después del NO-DO y la otra a mitad de la película. La gente aprovechaba para fumar un cigarro o para beber un vino y los más jóvenes tomábamos aquel sucedáneo de Coca Cola que llamaban «el butano».

Cuando tenía la suerte de coincidir con Eladio en el Cine Maxi estas interrupciones se me hacían cortas, pues charlábamos sobre cine y, sobre todo, de lo que con el tiempo se convertiría en mi vicio, mi afición, mi gozo: la Fotografía.

Siempre he dicho que en este campo la suerte me acompañó. Comencé a trabajar muy joven en El Carbonero S.A. y allí me inició en la fotografía un compañero de trabajo, Arturo Canal. Posteriormente, sería Eladio quien avivaría en mí ese veneno que ya nunca me abandonaría y que tantos buenos momentos y satisfacciones me ha dado. Fue a comienzos de los años ochenta cuando pudimos intimar con más frecuencia, juntos vivimos la experiencia de los vídeos domésticos y la alternancia con-la fotografía. Echo en falta aquellas escapadas a El Condao. Ir a El Condao era como asistir a una escuela clandestina, donde a golpes de martillo y olor a cuero en aquel pequeño cuarto donde Eladio ejercía de zapatero, él me sorprendía con sus nuevos trabajos fotográficos y con sus didácticas clases de fotografía. En aquella época, la semana que no veía a Eladio era como si hubiera cometido

un delito conmigo mismo, me faltaba algo, me faltaba la adrenalina que la fotografía me aportaba a través de este amigo y maestro.

Terminé haciéndome *Nikómano* al igual que él, y charlábamos de nuestro material fotográfico como los cazadores de sus escopetas. Las excursiones que organizábamos para intentar captar momentos que nunca vuelven, las hacíamos como cazadores de imágenes; siempre nos acompañaba José Luis García Alonso, otro entrañable amigo casado con la misma afición.

De todo el magnífico trabajo de Eladio siento cierta predilección por su época de *blanco y negro*, sus retratos de viejos, de labradores, mendigos, escenas de lo cotidiano, imágenes todas ellas llenas de gran realismo. ¿Cómo se puede llegar a conseguir la tristeza que emana de sus fotografías al contemplar a sus niños gitanos? La razón es bien sencilla, porque estamos ante un maestro de la imagen.

Para el fotógrafo, el viaje es como una necesidad de enriquecimiento vital para toda creación que se pretenda seria. Eladio es la excepción porque es capaz de crear un universo fotográfico en su limitado círculo. Eladio no necesita construir nuevas realidades, para él la realidad cotidiana no está agotada. Él domina como nadie la disciplina que une ojo y cerebro; supongo que tras una larga búsqueda ha conseguido hacer coincidir su mundo interior con un territorio que le corresponde. Ha estado viajando por su propia realidad, no ha necesitado alimentarse de otros viajes, desplazamientos, encuentros, congresos, historias...; como fotógrafo ha seccionado la vida, se ha apropiado de lo que le interesaba o le apasionaba.

Con hábiles encuadres y un sentido inaudito de la luz, las fotos de Eladio Begega acceden a la categoría de arte y nos depositan sobre las orillas frágiles y a veces inquietantes de sus temas.

La virtud de la fotografía consiste en inmovilizar el tiempo y dar respuesta al interrogante bíblico «Cuando ya no exista, ¿quién me recordará?». Los vecinos que fotografió Eladio Begega a lo largo de los años le acompañan en su vida cotidiana. Ellos han quedado revelados, en sentido propio y figurado en el lenguaje fotográfico. Nuestra mirada despierta la suya y les convierte decididamente en nuestros contemporáneos. Gracias, amigo Eladio.



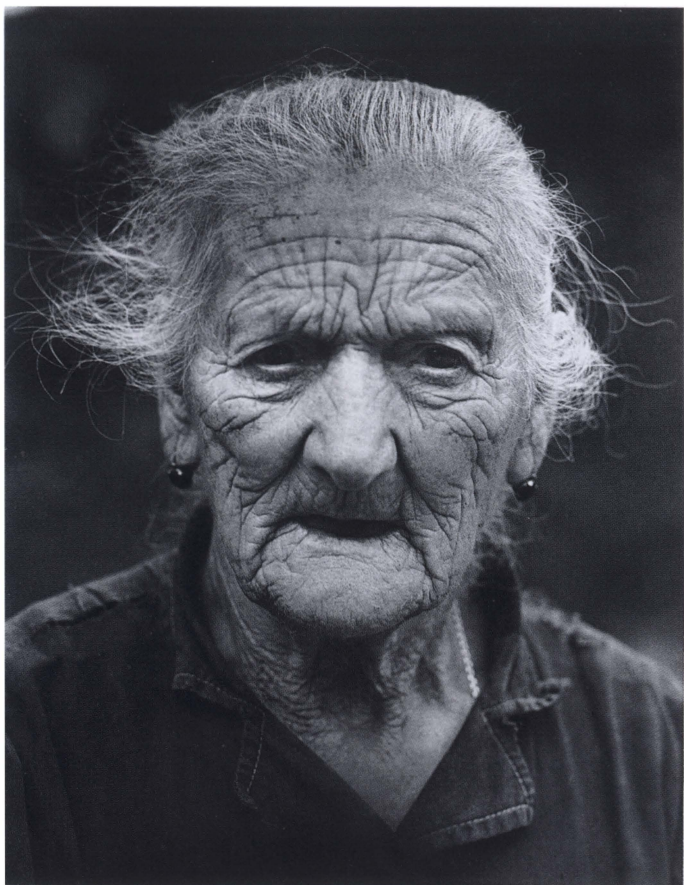
Vicente, La Sierra, 1963.



Zucena, Soto de Lorío, 1966.



Juan Serraor, Benito'l Artilleru y María Lamuño, La Ferrera, 1970.



María Lamuño, La Ferrera, 1970.



María Xuan y Mónica, El Condado, 1972.



Mi padre y mi hermano Pelayo almorzando durante la hierba, 1962.



Antón Caxigal y José el Peláu, El Condado, 1962.



Mi tío Andrés arreglando una madreña, El Condado, 1964.



Carrera de cintas a caballo, Rioseco, 1967.



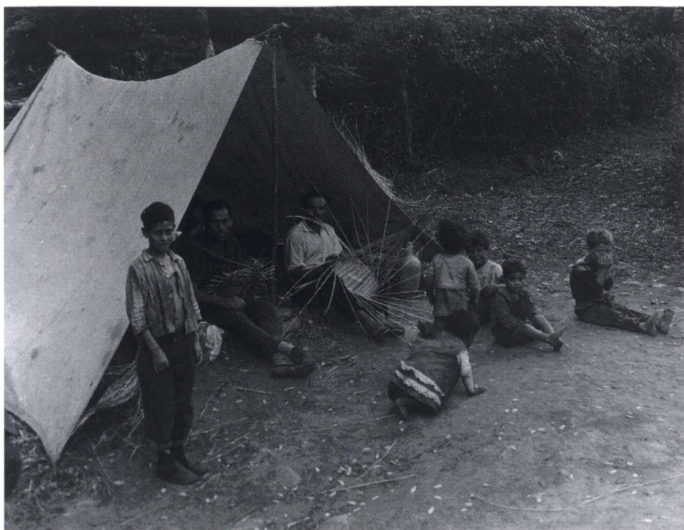
Juan y Fernando jugando a las cartas, El Condado, 1962.



Bernardo arrastrando en la vega de El Condado, 1970.



El tranvía, El Condado, 1966.



Gitanos tejiendo cestos de mimbre, El Condado, 1962.

MUSEO DEL PUEBLO DE ASTURIAS

Paseo Doctor Fleming, 877

La Güelga 33203 Gijón

Teléfono 985 332 244

museopa@igijon.com

www.museos.igijon.com

www.redmeda.com

HORARIO

De 10 a 13 h. y de 17 a 20 h.

Domingos y festivos de 11 a 14 h. y de 17 a 19 h.

Julio y agosto

De 11 a 13,30 h. y de 17 a 21 h.

Domingos y festivos de 11 a 14 h. y de 17 a 20 h.

LUNES CERRADO

